



Dante Liano

Los sobrevivientes

ibuku

literaria

LOS SOBREVIVIENTES

Dante Liano

SUBIDO POR MAKANO
SUBIDO POR MAKANO, ESPERO OS GUSTE

ISBN: 978-84-15614-81-4

1

Dicen que para ver cómo es un abogado, hay que llevarle un gato. Si el gato sale corriendo, el licenciado es chucho. Si se le tira encima, es rata. Yo soy ese tipo de abogado que se habría hecho pagar los honorarios por el gato, para que le asegurara los ratones. Y luego se haría pagar de los ratones, para que los asegurara de los gatos. Al final, los dejaría que se mataran entre sí, mientras iba a cobrar el cheque.

Recuerdo una de mis primeras experiencias, allá en provincia. Se estaba muriendo un viejo archimillonario. Estaba boqueando en las últimas y dictaba el testamento. Con una voz que apenas se escuchaba, iba enumerando sus tantos bienes

y los nombres de los beneficiados, que eran muchos y esperaban, detrás de la puerta, agrupados en el patio de la casa, el resultado del documento. Cuando terminó, mi maestro procedió a su lectura, para que el viejo lo firmara. Y aunque su voz era fuerte y firme, un griterío proveniente del patio lo interrumpió. Salimos a ver qué pasaba, y vimos a los deudos que se estaban peleando por la posesión de un árbol plantado en una esquina. Mi maestro intervino y tuvo que hacer grandes esfuerzos para imponer su autoridad. “¡No sean estúpidos!”, les gritó. “¿No ven que de todos modos ese árbol ya está testado?”. Los otros se calmaron. Cuando regresamos a la habitación, el viejo había muerto. Con decisión, mi maestro le agarró la mano, que empezaba a enfriarse, y lo hizo garabatear una firma. “Licenciado”, le dije, “¡pero si ya se murió!”. “¿Y qué?”, me respondió. “¿No ve que se estaban matando por un árbol? ¿Qué no harían si el viejo muere intestado? ¡Usted me es testigo de que firmó con su propia mano!”.

Esa, de tinterillo, fue mi verdadera escuela de leyes. Mucho más que la Universidad, cuyo título

me sirve sólo para colgarlo en la pared, exactamente encima de mi cabeza, así los clientes, si saben leer (pues los más son analfabetos), pueden consolarse de que están hablando con un profesional del derecho. Buena plata me costó comprar el título en una de las tantas universidades que hay en el país. El oficio ya lo sabía. Y mi oficio es pelar a los clientes.

Mi bufete es una trampa alquilada enfrente de la Municipalidad. Vivo de esa institución inservible, pues buena parte de sus empleados reciben comisión cada vez que me mandan un pollo para que yo lo desplume. Sobre todo si son ignorantes, o campesinos, o gente sencilla sin quién por ellos. Entonces cualquier trámite se vuelve un obstáculo imposible. Hasta boletos de ornato he logrado convertir en brillantes casos judiciales. Con un costo verdaderamente satisfactorio, para mí y para mis amigos de la Muni. No se diga cédulas de vecindad. Y, ya para hablar de cosas mayores, permisos de construcción. El empleado le dice al ansioso ciudadano: "Mire, enfrente está la oficina del Licenciado Meneses, que es una fiera

para estas cosas" Al rato están tocando a mi puerta.

El bufete tiene un aspecto frugal, como corresponde a un abogado honesto. Dejo a otro tipo de colega los sillones mullidos, las secretarias fragantes, los teléfonos de relumbrón. Mi clientela saldría espantada delante del mínimo detalle de lujo. Por alguna razón, lo escueto del mobiliario les hace pensar en la honestidad del licenciado y en honorarios también honrados. Es la primera trampa, sólo la primera. De allí vienen las demás. Cuando firman el último cheque, si los usan, o me dan lo último que les queda en contante, se quedan siempre con la sospecha de la estafa. Pero en sospecha se queda. Nunca ha venido nadie a reclamar, y si viniera, para esto tengo un revólver en el cajón derecho de mi escritorio, que en este país de gente reverenciosa y cortés es lo primero que sale a relucir cuando se abre el diálogo.

Me presento. Soy el licenciado Abundio Mene-
ses, experto en Derecho Administrativo, arte que
he aprendido desde que fui empleado del Licen-

ciado Vargas, en el pueblo donde nació. Comencé a trabajar, no en el bufete del abogado, sino en la tienducha que tenía enfrente del parque. Era el encargado de comprar al por mayor y robé tanto y sin ser descubierto que allí se definió mi vocación legal.

Tengo casi cincuenta años, pero soy de buen ver y me cuido para que así sea. Me considero un poeta incomprendido, un actor no realizado, un artista innato, pero la necesidad de ganarme la vida me ha traído a este cuartucho, en donde todos los días abro a las ocho en punto y comienza el desplume. He sido un poco de todo, en la vida, que es como decir no he sido nada. Como a todo hombre, cosas me han pasado. No soy tan estúpido como para creer que todas son dignas de ser contadas. Tampoco quiero ser sentencioso, aunque por oficio lo sea. Mas debo decir que, a veces, un episodio de la vida de una persona sirve para iluminar todos los otros, hasta los más insípidos, de esa vida. Y a mí, que pensé que iba a terminar mis días con la fama de desplumador de incautos, me ocurrió ese episodio. Permítanme que se los cuente.

2

Era la época en que me estaba divorciando de la Encarna. María de la Encarnación Gómez Pérez era su nombre completo, aquel con que firmó el acta de matrimonio. Era Vicerrectora de Universidad, luego de ser la Decana de Filosofía y Letras. A mí siempre me han gustado las intelectuales, aunque, de mis siete matrimonios, sólo dos han sido con mujeres cultas. La primera, hace mucho años, era una alta funcionaria del Ministerio de Cultura, y me dejó por borracho. Luego se casó con un colega, más borracho que yo, si se puede. Cada quien tiene sus preferencias.

La Encarna decía que era un oxímoron porque era más flaca que las calaveras del Día de Difun-

tos. No faltaba el chusco que le decía: “En carna y huesa”, pero yo me evité esa banalidad. Era enjuta, esmirriada, cetrina y además su virginidad se había mantenido, sin heroísmo, por casi cuarenta años. Tenía una chispa de inteligencia en los ojos que me la hizo apetecible. No diré que me fue fácil seducirla, porque no me suelo jactar de mis conquistas. Solo anotemos que no me fue difícil aprovechar su soledad, su hastío, su estéril pasado.

La llevé a cenar varias veces, a lugares sin lujo, pues una exageración habría descubierto la trampa. Para ella, las invitaciones eran un halago olvidado. También las flores. Y los discretos avances, que, con parsimonia, le proponía. Yo le contaba historias de mi vida pasada, historias verdaderas que, a comparación de la suya, parecían del Mío Cid Campeador. ¿Qué había hecho la Encarna en su pobre vida? Sacar la licenciatura remachando las materias en las noches de soltera. Entrar como Asistente de Cátedra a la Universidad, segura de que el mérito de cargarle la bolsa al profesor la llevaría pronto a un ascenso, como ocurrió. Ir subiendo lentamente el escalafón, más por cans-

ancio que por brillantez, con artículos académicos que nadie leía pero que hacían bulto a la hora de las oposiciones. Estar a la caza de las últimas modas humanísticas, memorizar términos técnicos, tener la astucia de colocarlos en el momento y lugar adecuados. No perder el equilibrio nunca, de modo que fue la persona justa para ejercer el Decanato en los tiempos de la guerra sucia, y sacar la cabeza de entre los que quedaron para asumir la Vicerrectoría.

Delante de quien le podía contar que vio sacar a patadas a uno del Tenampa, tal y como dice la canción; delante de quien, ya hasta las cachas de tequila, aceptó, en ese bar, el reto de unos que le descargaron unos cuantos voltios de electricidad, para demostrar que era muy macho; y que a la mañana siguiente despertó en el hotel con el rostro magullado y sin saber porqué, la Encarna podía afirmar que su vida había sido pacífica y gris. Delante de mi fama de donjuán empedernido, que yo negaba con dignidad, atribuyendo a las malas lenguas la certeza de mi falta de constancia con las mujeres, o diciendo con increíble sencillez la exacta realidad de las cosas: eran ellas quienes

me dejaban, la Encarna se sentía acompañada de un personaje de las novelas que de vez en cuando leía. “Leo menos ficción que ensayo académico”, me confesó. Santo Dios, qué aburrimiento.

Al final, nos casamos. El cortejamiento había durado varios meses y había culminado en una visita a uno de los escuálidos moteles de la ciudad. Ni la quise llevar a mi casa, para que no tomara posesión, ni pude ir a la suya, porque vivía con la mamá. Además, para una como la Encarna, el motel tenía el gusto de lo perverso y lo desconocido. No creo que haya mujer que admita haber visitado uno de esos sitios, ni hombre que no proclame haber pasado por todos. Lo cierto es que allí descubrí, con estupendo horror, que la Encarna había sido virgen hasta que yo me la había llevado a la cama. Creo que no le gustó. Me imagino que fingió que le gustaba.

Cuando los moteles nos comenzaron a aburrir, se planteó la cuestión del casamiento. Ella no ignoraba que para mí sería la quinta vez. Yo no sabía que me faltaban todavía dos bodas más. Me hizo prometerle que esta vez sería para siempre,

y no tuve empacho en hacerlo. Por supuesto, no me pidió ceremonias mayores. Ilusionada y todo, sabía que no estábamos para ridiculeces. Planificamos una ceremonia sobria, con sólo parientes y escasos amigos íntimos.

Supe que, en el medio académico, el matrimonio de la Encarna levantó polvo. Por ella, que ya había sido dada por solterona impenitente, y por el futuro marido, cuya fama de crápula era bastante conocida. Creo que nadie se atrevió a disuadirla de la locura que estaba por cometer. A un cierto punto, la gente deja que los otros escojan la soga con que ahorcarse. Debo admitir que los preparativos fueron serenos, pacíficos, con la tranquila alegría de aquellos que no se esperan ya nada bueno. Mejor: de aquellos que, si no pasa nada malo, ya es mucho.

Y así nos casamos. "Señor Carlos Abundio Meneses López, ¿acepta usted por esposa a la señorita María Encarnación Gómez Pérez?" "Sí, acepto". "Señorita María Encarnación Gómez Pérez, ¿acepta usted por esposo al señor Carlos Abundio Meneses López?". "Sí, acepto". "¡Vivan los

novios!", gritó alguien, y su exclamación, en lugar de desatar una cadena de "vivas", provocó una carcajada general. Yo brindé con champán sólo con la primera copa, antes de bailar el vals. Me había puesto un smoking prestado, mientras ella lucía un traje sastre que la hacía parecer la Directora de la Cárcel de Menores. Luego seguí con el whisky. Seguí con el whisky por esa noche, hasta caer derrumbado en el lecho de bodas. Y a la mañana siguiente, proseguí con el whisky, para quitarme la resaca. Y por no dejar, seguí con el whisky por quince días seguidos. Como se suele decir, "agarré fuerza", cosa que hace tiempo no me pasaba, y mi largo período de abstinencia me había hecho pensar que esta vez podía casarme para siempre.

En cambio, la Encarna tuvo que cargar conmigo por todos esos días. Yo bebía mañana, tarde y noche, en el apartamentito que habíamos alquilado para iniciar nuestra vida matrimonial. Digamos que, entre todo ese infortunio, la Encarna tuvo un golpe de suerte. Yo me obstinaba en conducir el lujoso automóvil que ella había comprado, un Chrysler de ocho cilindros que parecía un acora-

zado descomunal. No sé ni a dónde íbamos, cuando se me atravesó un enorme castaño en donde destrocé el único objeto valioso de mi mujer. Salí incólume, aunque inconsciente. Ella se fracturó el brazo y la nariz. También se fracturó el matrimonio, porque apenas salió del hospital me pidió el divorcio. Y yo se lo concedí.

3

Algunos dicen que tengo suerte con las mujeres. Yo añado: "mala suerte". La primera que tuve, en serio, fue una indígena que llevaba, todos los días, un costal de maíz a la tienda del licenciado Vargas, en el pueblo de provincia donde crecí. Como ya he contado, el abogado, gracias a la buena fama de mi padre, que en paz descansa, me había dado la confianza de encargarme de las compras. También he contado que traicioné abundantemente la confianza del licenciado y la memoria de mi santo padre. Sisé del saco de esa tienda cuanto pude, hasta que me agarraron y me echaron a patadas. "Y dale gracias a Dios que no te mando a la cárcel, solo porque tu padre era un santo varón", dijo Vargas. No me mandaba a